



NÚM. 185

BARCELONA, 22 NOVIEMBRE 1902

25 CÉNTS

Ayuntamiento de Madrid



## UN DRAMA

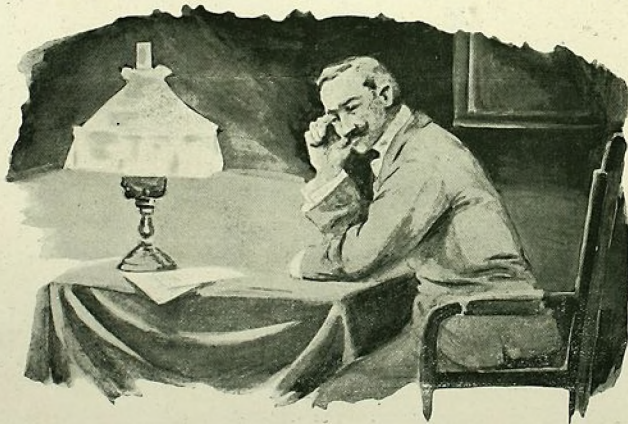


así todo lo que escribo, bueno ó malo—abundo en lo último,—corresponde á sensaciones vividas; poco, muy poco es de procedencia imaginativa. A imitación de ciertos comerciantes al por menor, en el orden material, acostumbro hacer cada noche, á tiempo de acostarme, uno á modo de balance espiritual ó inventario de mis sensaciones diurnas, de aquellas sensaciones hondas, que han suministrado materiales á la inteligencia para la elaboración de las ideas. De otra parte, el quietismo nocturno, convida á la meditación. Al revés de lo que acontece en la generalidad de los hombres, mi espíritu se desprezaba al anochecer; la hora del reposo es para mí la hora de las grandes actividades. De día, el cuerpo hace el gasto; de noche, el alma vigila y trabaja con los materiales que el cuerpo le aportó. De día, la ociosidad intelectual se resuelve en la lectura de un

periódico, enfrente de la cerveza que burbujea en la copa; de noche, el insomnio, la tarea fatigosa de reconstruir con datos dispersos, la realidad de éste ó el otro hecho cuyo recuerdo escarabajaba en mi cerebro. Imaginé por un momento, las torturas de un comerciante en el acto del balance, á la zaga de un céntimo, cuya inversión no acierta á hallar justificada en el libro Diario. Algo parecido suele sucederme en ocasiones. A caza de un nombre, de un dato, de una circunstancia cualquiera olvidada, indispensable sin embargo, para la total reconstrucción de un hecho, se me van horas y horas cavilando, hasta que allá, al alba, cuando el sueño me sienta sobre la frente su manaza de plomo, surgen como por encanto, el nombre, el dato, la circunstancia; lo que faltaba para la reintegración del hecho. Esta gimnasia mental, tiene para mí, infinitas seducciones. Me entrego á ella como quien se entrega á un sport.

Anoche, estubo en mi casa, una señora muy estimada de mi familia; doña Teresa de Cárdenas, mujer que en los cuarenta años de edad guarda aun en su rostro toda la hermosura de una juventud sin ceceo, y en el cuerpo, toda la briosa pujanza de una mocedad garrida y ardiente. Ella, sin sombra de pena otras veces, estaba anoche triste —¿Qué le pasa á doña Teresa?—pregunté cuando ésta se hubo marchado. Y como nadie me contestase satisfactoriamente, acabé echándome en brazos de la cábala, internándome en una selva de conjeturas, que á nada concreto y efectivo me condujeron por el momento.

Doña Teresa de Cárdenas, encarna el tipo—menos exótico en nuestra sociedad de lo que algunos imaginan—de la burguesa descreída, habituada á vivir en perfecto sosiego espiritual, incapaz de alarmarse sinceramente por nada, porque, nada rebasa para ella los linderos de lo trivial y rutinario. El asco moral y el entusiasmo le son desconocidos. Roca plantada en el mar de la vida, nunca la sacudió





el embate de las humanas pasiones ¡Pasiones ella! ¡no faltaba más! Pasan de ciento las veces que la he oído decir con burlesco asombro: —Pero, ¿es cierto que hay dramas? ¿ocurre algo de particular, de tejas abajo?—Para mí doña Teresa es un caso de atavismo; hay en ella un alma, sí; pero, un alma rudimentaria que lejos de rebelarse contra las imposiciones de la materia se deja guiar por ella sin intentar jamás la emancipación. De joven, tuvo ella como todas las mujeres su calenturilla, casóse, y en paz. Tan tranquila y campante. ¿Será cierto, como recientemente ha afirmado un pensador inglés, que la moral de ahora tiende a asegurar la supervivencia de la mujer menos apasionada? El hombre que empareja con ella en la coyunda matrimonial no es tampoco de grandes alientos idealistas, pero algo hay en él que no es cascate material: —En mi juventud,—decíame días atrás don Joaquín,—hacia yo versos para los periódicos; por cierto, que esta manía poética, constantemente reprobada por Teresa, me puso en el disparadero de renunciar á su mano. Mi mujer, está á matar con todo lo que no sea comer, aliñarse y dormir ocho horas de un tirón. A ser por mí,—suele decirme,—condenaría á garrote vil á los escritores, que se esfuerzan en ofrecernos en el teatro y en el libro dramas espeluznantes de los cuales nadie tiene noticias. Imaginará usted, hasta donde alcanza la aversión de mi mujer, por todo lo que no es materia,—sgregaba don Joaquín,—que lleva ya despedidas dos criadas de casa por haber sorprendido á una de ellas leyendo una novela de folletín, y por que se enteró de que la otra iba al teatro los domingos de tarde. Y no es esto lo peor, sino que á mí me hace esclavo de sus rarezas. Comer, dormir y pasear; así me voy poniendo,—y el desventurado convergía los ojos hacia la parte abdominal, desmesuradamente abultada,—De sociedad que no la hablen á mi mujer; ella, no va á ninguna parte, y por lo demás, usted lo sabe, en mi casa no se ve un libro, ni un periódico, nada que tenga relación con la vida del espíritu. La despensa repleta, los armarios abarrotados de comestibles, en la estantería de los aparadores un rimero de botellas que hace pensar en las orgías romanas... Felizmente...—No acabó la frase, el bueno de D. Joaquín, pero yo la completé.—Felizmente—iba él á decir—el dinero ofrece compensaciones, y lo que no se encuentra en la propia casa, hállase en la calle.—Marchóse el amigo don Joaquín, temiendo traicionarse en un rapto de despecho y yo me quedé muy entregado á cavilar sobre mis sospechas.—Nada,—me dije,—que el beatífico don Joaquín, se las apaña buenamente por ahí con alguna moza; algo es menester darle al alma. Aunque para mí, eso del apetito espiritual de don Joaquín es pura música celeste. El tejido adiposo está en razón inversa del caudal intelectual. Los hombres gordos propenden á la vulgaridad y lo vulgar reside en la materia.



A la hora de acostarme, las once de la noche, sigue intrigándome la tristeza de doña Teresa. ¿qué le pasará á la buena señora? Procedamos al balance del día. Hoy he visto á Fernández Bridones; me ha hablado de una combinación muy feliz y de seguro efecto en el treinta y cuarenta. El hombre se pasa el día ideando martingalas, pero, eche usted la ronda en sus bolsillos, y así me aspen, si halla usted un céntimo. Como remate de su peroración, me pidió dos pesetas. Este Fernández Bridones, acabará mal. En el boulevard estuve un rato charlando con Berzuela; este hombre dará en loco por su afición á las minas. Sacó de sus bolsillos un par de guijarros: —Aquí tienes la muestra,—me dijo dándose aires de capitalista,—plomo y calamina; he hecho las denuncias á mi nombre. Entremos en el Suizo y te hablaré despacio de este negocio.—Le complaci. El mozo del café: —¿Qué va á ser?—Yo: —Un ajeno y goma.—El mozo á Berzuela: —¿Y usted?—Mi amigo: —Café con leche y tostada.—Eran las doce del día.—Solo falta quien aporte capital,—díjome explanándome el asunto,—haremos un ferrocarril, depósitos en los muelles... Con cuarenta mil duros se hace todo. Ahora estoy estudiando, la manera de apresurar la formación de una sociedad por acciones. ¿Qué te parece el plan? Te advierto,—añadió en vista de que yo movía la cabeza con aire de duda,—te advierto que me reservo la gerencia. Un negoción, chico, un ne-



ción.—Pagué el gasto, y en la calle, de camino, y en dirección de mi casa iba pensando: —Pues, señor, es mucho cuento este de que todos mis amigos estén locos. ¿Si seré yo uno de tantos? Esta manía de rehacer por la noche los hechos vividos durante el día, este raro prurito de deducir lo grande de indicios menudos, ¿será un síntoma de desarreglo mental? Recuerdo ahora, que después de dejar á Berzuela, topé á don Joaquín en una calle, cercana á la fábrica de tabacos. Eran las doce; justo; espíale el paso de alguna moza; ¿cuánto apostamos á que alguna de esas pitilleras le tiene sorbido el seso? Lo que yo dije; el hombre trata de consolarse y busca un resarcimiento de lo que en su casa le falta. ¡Ah! ya caigo; he dado al fin con la clave de todo. Ahora me explico la tristeza de doña Teresa. Ella, que está por lo visto al cabo de la calle en lo de los bandeos clandestinos de su marido, advierte su soledad y llora en silencio las infidelidades del viejo. Lo ilícito, en el orden de los amores, tiene para los viejos un incentivo poderosísimo. Cualquiera arranca á don Joaquín de los brazos de esa buena moza, que á dos por tres se adivina no es otra que la pitillera de mis cavilaciones. ¿Qué tal, doña Teresa? ¿hay ó no dramas en la vida? El drama minúsculo, el drama interno, que se desenlaza sin efusión de sangre en las intimidades de un hogar deshecho ¿es ó no doloroso? Usted, extraña á los gozes de la maternidad, porque no tuvo ni tiene hijos ¿se figuró acaso que iba á soportar sin pena el alejamiento del macho, complemento de esa vida de animalidad á que vive usted entregada? Ya ve usted si hay dramas en la vida, y si un hombre gordo puede con toda su crasa vulgaridad convertirse en materia dramatizable. Se ha queda lo usted sin marido, sin el hombre gordo emancipado de la tutela carcelaria que le imponía su mujer. No veo en ello motivo de desconsuelo; venga usted acá, doña Teresa, nada de lloros.—El, don Joaquín, cincuentón obeso y marido desagradecido, se fnga clandestinamente del hogar conyugal. De fijo que á estas horas, tiene los labios, aquellos labios carnosos, quemados per el vengero, pegados á la boca de la pitillera. Usted, mujer hermosa y garrida,—no hago alusión á sus cuarenta,—no es bien que llóre masculinas ausencias. Cuando se tienen, como usted en el rostro, las rosas de una juventud sin ocaso, y en el cuerpo toda la briosa pujanza de una mocedad gallarda y ardiente, no se llora, créame usted doña Teresa, no se llora. La ley de las compensaciones, entra en vigencia.

Allá, en el fondo, en sitio muy remoto de mi imaginación, veo á doña Teresa. Me ha escuchado y avanza hacia mí. Sonríe. Yo me duermo.

MANUEL BUENO



Camino del rancho (1), dirigíase Juan Antonio montado en pequeño *mancarrón* (2); las riendas de este colgaban abandonadas, mientras aquél iba abstraído con el recuerdo de lo que aquella tarde había oído por boca de uno de sus compañeros de trabajo, y aquel recuerdo obsesionándole le enloquecía y al mismo tiempo que una duda cruel se obstinaba en su torpe entendimiento, su corazón decíale que mintió quien semejante calumnia dijo.

Que su Zulema le engañaba á él, que educándola la amó, y al amarla la hizo suya; aquella á quien él libró de la muerte en un *malón* (3), dado por los indios, y en el cual murieron su padre y hermanos; sola, siendo una niña, ella hubiese muerto á no haberla él recogido en su choza, donde educándola á su manera la hizo mujer, y más tarde su compañera; que le era infiel; que durante el descanso de su trabajo,

(1) Rancho se denomina en América á chozas que en las posesiones albergan á campesinos.

(2) Caballo de pequeña atada.

(3) Asalto que suelen dar los indios á pueblos del interior.



calentaba la yerba cebándole exquisitos *mates* (1), que él recibía de sus manos, y luego cuando al anochechar se retiraban a su rancho, él rasgueando su guitarra, dejaba oír esas canciones criollas llenas de amor, canciones casi todas dirigidas a su amada, ella escuchábale, al mismo tiempo que llenando de olorosa yerba la calabaza, obsequiaba a su dueño y cantador.

Y que el que le robaba el carifio de su *chinita* (2), era aquel para quien trabajaba, su patrón; mentir; imposible era, que el que había sido su protector fuese el ladrón de su honra; y al hacerse estas reflexiones, sentía Juan Antonio que la calentura se apoderaban de él; mientras el caballejo, buen conocedor del camino, se paraba junto a una senda que daba acceso a un pequeño rancho.

Junto a la puerta, ó mejor dicho abertura de este, se encontraba una mujer joven y hermosa, morena, con ese marcado color cobrizo de los Indios de las Pampas, con unos hermosos ojos negros como la noche; y al verla, él bajó del caballo, dirigióse á su encuentro y cogiéndola por los hombros y después de darle un beso, al cual tal vez distraída ella no contestó, se quedó mirándola y fijándose en aquellos hermosos ojos, que sostuvieron su mirada investigadora, más que con recelo, con cándida curiosidad, rebeltese contra sí mismo al recordar había dudado del carifio de su china.

La noche avanzaba; después de guardar la cabalgadura en un cobertizo inmediato, volvió Juan Antonio al rancho, y ya en él según costumbre, cogió la guitarra, sentóse sobre una gran piedra que había á la entrada de aquel, y empezó con voz armoniosa y triste llena de suaves cadencias, con esas vidualitas tan sentidas cuando las canta el gaucho, y mirando fijamente á su amada cantó la siguiente:

Juraste que me querías,  
y al jurarlo me pedías  
que yo nunca te olvidara.  
Mira tú si te querria,  
que aunque de ti yo dudara  
jamás creí que mentías.



y ella como siempre escuchaba, y al acabar cada copla alargándole el mate le obsequiaba; y él, que había cantado aquella canción como queriendo dar una disculpa á sus dudas anteriores, miraba enamorado á aquella mujer, á la que momentos antes había supuesto tan infame.

Era ya la madrugada: el silencio en el campo, solo era interrumpido por el relincho de algún animal en la próxima alquería; del rancho de Juan Antonio sale una mujer procurando ganar la senda sin hacer el menor ruido; solo unos pasos lleva caminados, cuando otra sombra aparece en la abertura de la cabaña; es él, la ha oído, ya no le cabe la menor duda, le engaña; y va en busca del otro, de su amante... Ella se detiene; él hace lo mismo procurando ocultarse para no ser visto; oye que ella habla muy despacio, y al parecer se sienta; ya no se puede contener, ya su razón desvaría, y echando mano al cuchillo corre ciego hasta donde ella está, y lo sepulta no una sino mil veces en su cuerpo, y cuando en su furor pretende hacer lo mismo con el amante, retrocede con la cara congestionada por el terror. No es el amante lo que allí se encuentra, es una cruz indicando el sitio donde su padre está enterrado, el lugar por ella tan frecuentado y donde su fanatismo indio pretendía hablar con el muerto, y las palabras que él creyó iban dirigidas á su amante, rezo; tal vez que la infeliz pronunciaba; de todo esto se dió cuenta Juan Antonio con una mirada, y arrojándose junto al inanimado cuerpo de su amante, descargó sobre su corazón terrible golpe de muerte.

ERNESTO ROIG

Argentino

(1) Recipiente en forma de calabaza donde echando agua y yerba especial del Paraguay se absorbe por un pequeño conducto.  
(2) Nombre que da el gaucho á su amante.



LA PASTORA Y LA OBEJA

Ayuntamiento de Madrid



# SIMA DE ORAZONES

Los jóvenes de Equis, capital de una provincia de este reino, vivían en paz y tranquilidad. Cada oveja tenía su pareja y salvo disputa ó rivalidad pasajera causada por desproporción en los favores otorgados por el señor cacique, no había en el casino, punto de reunión de la crema juvenil de Equis, ni la menor cuestión ni rencilla.

Todo marchaba como una seda.

La vida se deslizaba tranquilamente.

Todo iba por sus pasos contados.

Pasando de un día á otro iban poco á poco camino de la vejez, sin darse cuenta, sin notarlo, sin atender al aviso del calendario, sin parar mientes en las canas que se destacaban en la cabellera como avanzadas de la muerte.

La vida de la juventud de Equis era monótona é igual, más no por eso dejaba de ser entretenida para los equisanos.

La mayoría de los pollos y de los gallitos se levantaba tarde.

Después de componerse y acicalarse daban unas vueltas por las calles céntricas de la ciudad, pasaban una ó dos veces por delante de la dueña de sus pensamientos respectivos; tomaban las once en casa de Jeremías, un pastelero muy alegre, y después, iban á la plaza de la Herradura á ver llegar el coche correo de Madrid.

La diligencia en un pueblo es una especie de misterio diario.

Un misterio que todos los días se aclara.—¿Quién vendrá hoy?—se preguntan los buenos señores de la capital provinciana.—¿Qué traerá hoy?—se dicen.—Y la caja harta de zarandeo del ir y venir, se abre todos los días sin descargar nada que merezca la pena de ser notado.

Más un día, un día en que nevaba, los jóvenes de Equis tuvieron una sorpresa que llenó sus cerebros de fantasías.

El coche correo llegó pausadamente, paró en el lugar de costumbre, se abrió la portezuela de la berlina, salió un señor gordo y chiquitín liado en un carric, y con una enorme bufanda al cuello, extendió las manos al interior y recibió unos bultos, líos y sacos de noche; luego poco á poco y con muchos esfuerzos desembuchó la portezuela á una señora, gruesa como el primer viajero, pero no baja sino muy

alta, se desentumeció la dama y después alargó los brazos para ayudar á bajar del vehículo á una muchacha como de diez y ocho á veinte años, rubia como el oro, blanca como la nieve que caía á copos, y esbelta y gentil y gracil.

—¡Vaya una hembra!—dijo á una el grupo de Tenorios.

Y efectivamente era una hembra digna de ser tomada en consideración en Equis y en cualquier otro lugar del globo terráqueo.

\*\*\*

Aquella mañana la mayor parte del elemento joven del género masculino de la ciudad de Equis llegó tarde al paterno yantar.

El suceso no era para menos.

La Venus recién llegada permaneció oculta durante toda la primera semana.

Las imaginaciones creadoras de aventuras amorosas trabajan de continuo; pero sobre nada positivo.



Se supo á los cinco minutos de la llegada del coche que aquella preciosa niña era hija del señor González (don Serafín), nuevo delegado de Hacienda de la provincia, y que se llamaba Laura; pero nada más.

Por fin llegó un domingo en que el sol de marzo, ya lo suficiente fuerte para mandar rayos cálidos á la tierra, envolvía á Equis con una suave atmósfera.

Todo el mundo de la capital salió á la misa de once que se decía en la iglesia de la plaza.

La plaza estaba llena de jóvenes vestidos con sus mejores galas y de señores mayores, que sacaban á orear la chistera y las ropas de cristianar. Poco á poco fueron llegando las muchachas, y por cierto que cualquiera



que fuese observador hubiera podido notar en todas ellas que penetraban en la iglesia con aire enojado. La que más y la que menos iba herida por el dardo de los celos.

Todas habían notado en sus novios respectivos un aire tan distraído que había apagado en sus ojos la mirada ardiente del amor con que pensaban favorecerles.

En el grupo de jóvenes del sexo fuerte se notaba también algo anormal. Todas las miradas del coro de Tenorios se dirigían á un punto, á la desembocadura de la calle Mayor.

De pronto, se sintió en aquellas aguerriadas filas de soldados del amor expectación inusitada.

Era Laura que acompañada de sus progenitores, radiante de belleza y prendida con una elegancia completamente desconocida en la localidad avanzaba hacia la iglesia. Entró la beldad en el templo, siguió la compacta nube de admiradores, mucho antes que de costumbre, que no lo solía hacer hasta que la misa comenzaba, y una vez dentro todos los cultados y mal heridos caballeros tomaron posiciones para contemplar á su gusto y sabor á la hermosísima Laura.

Terminada la misa salieron las jóvenes todas mohinas y los jóvenes todos radiantes de alegría: Laura había repartido miradas á diestro y siniestro y todos se reputaban por el elegido.

Hubo por la tarde paseó y Laura siguió la misma táctica: buscaba con serenidad y descaro el que mejor le pareciera para prenderle en su lazo.

Desde aquel momento no hubo tranquilidad ni sosiego. Las pollitas de Equis, veían descarriado al elemento joven del sexo contrario, y los pollos, como no era posible que triunfaran en masa, estaban descontentos.

Solo uno logró la palma del triunfo aquella misma tarde: Paquito Somoza.

Este Paquito Somoza, era un gallardo mancebo que vivía en Madrid grandes temporadas y por su vestido y sus modales diferenciábase con ventaja de sus conterraneos.

Gozó Paquito de su triunfo; presentado al señor delegado pasó con Laura, bailó con Laura y lució su conquista de punta á punta de Equis.

La novia de Paco cogía el cielo con las manos.

Los señoritos de Equis rabiaban de celos.

Y las niñas casaderas comenzaron á tranquilizarse.

Pero un día, sin que nadie supiera porque, vieron pasear sola con sus papás á Laura, y que Paquito Somoza no parecía por el Espolón.

La zozobra volvió á apoderarse del elemento joven de ambos sexos. A los pocos días, después de pasar las cosas por los mismos trámites, Laura se presentó en público acompañada de Enrique Herrera.





Se tranquilizaron las muchachas, menos Pepita Sanz, la novia de Herrera.

Volvieron los celos y el despecho á hacer presa en la banda de varones... y Laura tan satisfecha.

Como las pasiones estaban tan excitadas, algunos jóvenes que se habían significado demasiado haciendo carantoñas á Laura, se quedaron compuestos y sin novia, es decir, que se vieron plantados por sus respectivas parejas, y otros que tenían el vicio de discutir con violencia por un quitame allá esas pajas se propiaban sendos corcorrones.

¿Y para qué alargar este relato?

Laura fué cambiando de novios como de camisa y en Equis no había tranquilidad.

A tal punto llegaron las cosas que el cacique, un señor muy amigo de la tranquilidad, tomó cartas en el asunto y puso pronto eficaz remedio.

Un día fué á ver al gobernador, escribió al ministro y á los ocho días todo había terminado.

El señor delegado fué trasladado.

Laura tomó las de Villadiego y el señor cacique muy satisfecho de su iniciativa tan á feliz término llevada dijo en el casino:

—Vuelva á reinar la paz en Equis; vaya con Dios esa joven velidosa, esa sima de corazones, y ustedes jóvenes... Ya lo saben, cada oveja con su pareja... y que no tenga yo que intervenir, pues ya saben que al que más y al que menos, las medidas que yo adopte pueden repercutirle en el estómago.

TOMÁS CARRETERO

### SATIRILLA

—¿Es verdad que me quieres?—Te quiero con locura, sin ti, que eres mi vida, no podría vivir.

—Mira bien lo que dices, hermosa criatura, jamás pasión tan grande ha podido existir.

—Yo te juro, mi bien, ante una cruz bendita amarte con el alma, pues eres mi ilusión; si en tu pecho amoroso una duda palpita arranca sin ambages mi pobre corazón,

Pasaron cortos años; cruzóse en su camino un linajudo idiota cargado de blasones.

—¿Me quieres?—preguntóla. —Oh, mucho, es mi destino, lo juro por la cruz de tus millones!

TEODORO E. GUZMÁN

### UN BESO

Cual contrarias eléctricas corrientes hacen saltar la chispa entre las dos al acercarse una corriente á otra según entiendo yo.

Al encontrarse solos, dos amantes y mirarse en sus ojos con ardor

y sentir como late con más fuerza su amante corazón.

Sin saberlo se acercan uno al otro y aunque ella temblorosa diga, no, una chispa de fuego salta entre ellos que es un beso de amor.

RICARDO LUJÁN Y FAYOS

### ¡LUZ!

Brotó la luz rompiendo los crepescos centuria tras centuria condensados á su esplendor, los ojos avivados desechan las medrosas ilusiones.

Como legión de tétricas visiones los pájaros nocturnos deslumbrados se refugian confusos y azorados en las grietas de antiguos torreones.

¡Brote también el rayo de la conciencia! ¡Llene el espacio con potente vuelo la nueva brisa de vital esencial

Rompa la oscuridad su denso velo... ¡Venga luz, y perciba la conciencia diáfano y puro el esplendor del cielo!

ÁNGEL DEL ARCO



# PEPITORIA

## PROBLEMA

EL	QUE	COMO
O	MUGER	
S	VALE	
		T
MAS		A UN
I	LOS	A
	A	D
V		U EL
SON	MENOS	

Dividase este cuadro en cuatro partes exactamente iguales de forma y táchense todas las letras que no toquen en las líneas divisorias, dejando sin tachar las que tocan para que con estas se pueda leer una popular frase.

### NOVEJARQUE

No hay que temer a los callos pues se logró descubrir su eración con el anticalloso LADIVONSIM.

Es tan fijo como el sol que el estómago no duele a todo el que tomar suete la Magnesia SAN-IMOL

Las soluciones en el próximo número

### SOLUCION al pasatiempo del número anterior

**Salto de caballo.**—Los hombres se envidiarían menos unos a otros si se hicieran cargo de que muchas veces, bajo diferentes formas, su felicidad ó desdicha es perfectamente análoga. Si estos calcularan y en lugar de dividirse y hacerse la oposición unos a otros se unieran voluntariamente para sostenerse en común la pesada carga de su existencia.

Thiers

### JEROGLÍFICO, por Novejarque



M. PÉREZ SKERRANO

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBERICA». PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 47.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

### BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

*El asesinado del Puente Rojo*, por Carlos Barabá.

*Magdalena la Mendiga*, por L. Jacoliot.

*El tesoro del pirata*, por L. Stevenson.

*El crimen del molino de Usor*, por L. Jacoliot.

*Orso*, por Enrique Syenekewicz.

*El Hijo Maldito*, por H. de Balzac.

*Las lágrimas de Juana*, por Arsénio Housaye.

*La necesidad del crimen*, por Julio Perrin.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

### EXAMEN

El estudiante García, que es hijo de un comerciante, se examinó en Alicante anteayer de Geografía. ¿Sabe donde está Florencia? el tribunal preguntó y el alumno contestó: A cinco leguas de Herencia. Respuesta tal escuchando, torció el gesto un profesor y en tono de mal humor le dijo al examinado: ¿Cómo es posible criatura que de Italia una ciudad de tanta celebridad se encuentre en Extremadura? Y, con palabra sincera, el muchacho replicaba: Creí que me preguntaba por la hija de mi portera.

### CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*Clarinete.*—No se le pudieron enviar los números por ignorar las señas de su domicilio. Envíe usted el artículo y veremos.

S. A.—Lérica.—Recibidos los artículos que aparecerán oportunamente.

A. G. O. G.—Lima.—Muchísimas gracias por el envío de su composición, cuya publicación será un señalado honor para íria.

A. G. D.—Lérica.—Está perfectamente.

V. de A.—Zaragoza.—Enemigo de pleonasmos, no he de decir que su cuento es precioso, puesto que es un cuento de usted.

R. de A.—Logroño.—Conforme con la dedicación. Irá el cuento.

Antonio Pérez Moso.—Tafalla.—Permítame usted que transcriba íntegra su deliciosa epístola:

Los semanarios con monjes cada semana procuran con historietas y cuentos que tengan sal y sañunga divertir á sus lectores á quienes también ilustran, pero está en sus redacciones la Caridad, siempre ociosa.

Si algún pobre principiante —enemigo de las Musas,— manda una loa, un soneto, ó cualquier mala sileya

que hace con mucho trabajo con su mal cortada pluma, contestan los directores con groserías ó burles

mas ó menos ingeniosas. Ejemplos,—A P. Sepúlveda: su poesía es ríspida,

mandarla usted á Caralla. M. Meneses: Tome,

se escribe con t minúscula.—Yo bien sé que este romance no ha de tener la fortuna

de verse en letras de molde, y estoy previendo una zorra, pero si el que está encargado de aceptarlo ó dar excusas

creo que tengo razón, que mis protestas son justas, y se enmienda en adelante no insistiendo á nadie nunca,

daré por bien empleadas mi invocación á las Musas y las peras que me cuestan papel, sello, sobre y pluma.

Permítame usted que rechace acusación tan injusta, señor mío, pues contesto siempre en la forma mas culta, sin emplear chirigotas mortificantes, ni burles. He de creer, señor mío que las especies trabuca, y que continue usted á íria con otras revistas. Nunca creo haber faltado á nadie. Conque, así, á otros las culpas.



FRANCIA



INGENIERO: SOLDADO (TRAJE DE CAMPAÑA)